

MIRET MAGDALENA

PABLO VI. ¿UN INCOMPRENDIDO?

Una lectora de Madrid me dice —con ejemplar franqueza— que me ha faltado espíritu de comprensión con la decisión de Pablo VI respecto a la natalidad. Otro de San Sebastián —olvidando quizá mis dos artículos sobre el magisterio de las encíclicas— no ve posibilidad alguna de «medias tintas» —como él dice— respecto a las enseñanzas del Papa. Otro —un sacerdote que militó en el conservadurismo y ahora hace esfuerzos por adoptar una postura abierta— me dice que no debo relatar rumores romanos, aunque olvida que van avalados por moralistas prudentísimos como Haering. Hay también quien —como un canónigo de Pamplona— se pregunta —en mi sentir con un poco de ingenuidad, pues le bastaría leer cualquier revista católica extranjera— dónde he podido conocer esas afirmaciones de Haering, Rahner y demás teólogos críticos de la *Humanae Vitae*.

Otros muchos, en cambio, me escriben o me hablan en sentido diametralmente opuesto, alentándome a seguir por ese camino de información actual y viva, que es complementaria de la que muchas veces se ha tenido aquí.

Un ejemplo bien claro me ocurrió en Oviedo con la conferencia que di sobre la encíclica del Papa, y que un lector relató en carta publicada en la sección de «Lectores». El público que llenaba la sala (para ser exactos, la casi totalidad de los asistentes) se mostró claramente inclinado a mi postura y no a la del canónigo contradictor, cuando éste creyó ingenuamente acoger todos los plácemes de quienes allí estaban. Olvidaba, en mi opinión, que nuestro tiempo ha cambiado mucho, y que el segar no es ese laico clericalizado, «voz de su amo», que él conoció en otros tiempos.

De todo ello hay que hacer un examen de situación, y también un autoexamen, y entonces deduciremos, sin lugar a duda, que nos falta a todos mucho para comprender una de las claves básicas del catolicismo: el humor lleno de sinceridad.

El pensador católico Chesterton se hizo precisamente católico por haber comprendido esta clave, y siempre fue el profeta de esa necesaria dimensión del cristianismo. Por eso cultivó la paradoja y un buen humor sin reticencias ni eufemismos, hablando en todo momento con la mayor naturalidad de los defectos visibles de la Iglesia. Pero —como dice E. Bloch— «Chesterton es uno de los hombres más inteligentes que jamás hayan existido» (E. Bloch, *El Pensamiento de Hegel*). Y hoy parece que no abunda mucho esta clase de hombres.

Es la misma paradójica postura que adoptaron dos santos católicos —Juana de Arco y Tomás Moro— que supieron llegar al momento de la muerte —el más trágico, sin duda— sin olvidar tener una sinceridad un poco socarrona. «Juana respondía —a sus jueces eclesiásticos— hablando alto, y advirtiendo al obispo Cauchon, en cada oportunidad que tenía, del peligro que corría su alma de obispo» (H. Belloc, *Juana de Arco*), y lo hacía, en vez de callarse o sentirse culpable de desobediencia, como hubiesen esperado equivocadamente muchos de un santo como ella. Y Tomás no ocultó, a su hija y confidente, el miedo que tenía los últimos días de su vida; pero, al mismo tiempo, supo subir al cadalso bromeando con el verdugo en la plaza pública, y dándole ánimos para que le cortase el cuello sin vacilar, respetando sin embargo su barba.

Este mirarse a uno mismo con un poco de ironía, es higiene mental necesaria en estos tiempos. «La autocrítica es una de las premisas básicas para la realización del buen humor», dice el pedagogo Márz en su excelente obra *El Humor en la Educación*. Los católicos debíamos recordarlo y practicar esa crítica que ejercía, sobre él mismo y sobre las personas de su alrededor —incluidos Papas y cardenales—, aquel «Sócrates con sotana» del siglo XVI, como llamó a San Felipe Neri el bueno de Goethe.

Todo esto lo digo porque el sentido común se nos está tambaleando en la Iglesia y en el mundo. Y para no dramatizar debemos evitar repetir las lamentaciones jeremiáticas de algunos creyentes, y darnos cuenta de que esto es completamente natural. Basta recordar lo que nos dijo hace poco el sabio atómico Oppenheimer: que en cuarenta años se ha avanzado más en ciencia y técnica que en el resto de los años que tiene nuestro planeta, y el mal está en que ni nos damos cuenta de ello, ni nos acostumbramos cuando nos percatamos. Esta reacción ocurre porque los unos están cómodamente apegados a sus costumbres e ideas, y los otros porque recelan demasiado de los peligros que estos cambios drásticos pueden entrañar para su cómoda y tranquila vida mental o social, olvidando que sin ries-

go no se consigue mejora alguna de la situación espiritual o material de los hombres.

Unos y otros tendríamos que meditar las sesudas palabras de Hegel, hace un siglo: «Quien, antes de venir Copérnico, hubiese sostenido, antes del descubrimiento de América, que aún había en el mundo tierras no conocidas, habría atentado contra el sano sentido común... El sano sentido común es, pues, la mentalidad de una época, que encierra y resume todos los prejuicios de su tiempo» (Hegel, *Werke*, tomo XIV).

Por eso tenemos que intentar superar el dramatismo en que nos movemos los creyentes, como si se nos hundiera el terreno que siempre hemos pisado y ésta fuera la peor de las tragedias. Si somos creyentes, la primera dimensión que debemos tener es el humor, y con él enfocar sería y profundamente, sin dramatismo, lo que nos está pasando para saber reaccionar constructivamente y no temerosamente.

Por eso, cuando Pablo VI pronuncia, por ejemplo, un discurso o escribe algo, procuro —aunque me cueste trabajo— tener en cuenta la afirmación de E. Bloch: «El necio jamás advierte que todo tiene dos caras», y no me quedo en la superficie de las cosas, o al menos lo intento. O me ocurre como a monseñor Pailler, obispo de Rouen: «Estoy un poco inquieto ante la alegría salvaje —así dice el obispo— con la que uno de quienes me escriben recibe la encíclica *Humanae Vitae*, a la que llama admirable, y pide para ella una adhesión total e incondicional, cuando ayer se la rehusaba a otras encíclicas del mismo Pablo VI, y evidentemente a los textos conciliares».

Juan XXIII —modelo de ese buen humor cristiano— pedía a Radio Vaticano y al periódico *L'Osservatore Romano* que no diesen tanta importancia a sus discursos, como la habían dado a los de Pío XII; porque no eran piezas definitivas, sino palabras de circunstancias. Esta observación es la que hoy deberíamos recordar, y ojalá supiéramos unir, con un poco de sentido del humor, el respeto a la persona con la imparcial valoración de las palabras del Papa, para evitar que, dentro de unos pocos años, hayamos parecido un poco ridículos en nuestros vehementes entusiasmos o protestas, según sea el color de nuestros gustos. Como, por ejemplo, lo ha sido el no rotundo —aunque rodeado de silencio— que se dio por muchos a la *Populorum Progressio* y el sí un poco histórico que a veces se da a la *Humanae Vitae*.

Un ejemplo de la pendiente por la que se puede caer insensiblemente, al no tener en cuenta estas observaciones, está en lo que le ha pasado al catolicismo francés. El catolicismo francés se está apagando: su fuerza y su vitalidad están en baja, hoy ya no es lo que fue. Ayer, a pesar de las dificultades con la Curia y el Santo Oficio, supo ser pionero de casi todos los avances que después aprobó el Concilio Vaticano II. Hoy, en cambio, al no saber acoger con un poco de ironía y humor la propaganda del integrismo retrógrado, se encoge y atomiza demasiado, perdiendo posiciones en su avance, un poco sin saber por qué. Muestra de ello son los sibilinos artículos publicados por el progresismo teológico francés sobre la *Humanae Vitae*, o los ejercicios de equilibrista derrochados al publicar tímidamente en lengua francesa el *Catecismo Holandés*, o la querrela en contra del excelente catecismo infantil recién publicado en Francia. Los ataques del conservadurismo han sido recibidos en el vecino país sin ese humor sano y sincero que otras veces han tenido los católicos, y por eso, sin pena ni gloria, se quedan en la retaguardia del mundo actual.

Los tiempos son difíciles y requieren hombres y mujeres de temple que sepan superar las reacciones emotivas de encogimiento o de excesiva agresividad. Porque no se resuelven los problemas religiosos de adaptación a los avances del mundo actual con una simple clasificación, diciendo que somos heterodoxos, cismáticos o rebeldes. El cardenal Alfrink —como muchos Episcopados— ha salido al paso de quienes querrian expulsar de la Iglesia a los que siguen su sincera y responsable conciencia. Ése afán ingenuo de clasificar para combatir, echando un sambenito de peligrosidad o falta de ortodoxia a los que no piensan como ellos, debería ser estudiado a la luz de lo que dice el profundo Hegel: que eso es propio de hombres que no tienen amplia cultura. Es —dice él— lo que ocurre cuando la gente oye que a uno le llaman asesino, y «ya no ve nada más que al asesino, de tal modo que este epíteto es suficiente para borrar todo lo que haya en él de realmente humano» (Hegel, *Werke*, tomo XVIII).

No digamos tampoco que Pablo VI es un incomprendido —por que eso sería clasificarlo—, sino hagamos un poco más de caso a Juan XXIII en sus sensatas observaciones para no dramatizar.